

## ELOGIO Y VITUPERIO DEL ARTE DE LA CRÍTICA\*

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

—Clea querida —dije con una sonrisa ineficaz, ansioso por defenderme de su acusación, por serenarla—. Estuve pensando en escribir un libro de crítica literaria.

—¡Crítica! —repetió irritada, como si la palabra fuera un insulto. Me dio una bofetada en plena boca, un violento golpe, un violento golpe que me hizo brotar las lágrimas. Me herí en el labio con los dientes y fui al baño a enjuagarme la boca, pues sentía el gusto salobre de la sangre. No dejaba de ser interesante ver mis dientes ensangrentados. Me parecía a un ogro que acaba de devorar un bocado de la fresca carne de la víctima. Me lavé la boca enfurecido. Clea entró y se sentó en el bidé, llena de remordimiento.

—Perdóname, por favor —dijo—. No sé qué impulso me acometió. Perdóname, Darley.

—Otra hazaña como ésta —dije con enfado— y te daré tal golpe entre esos hermosos ojos tuyos, que habrás de recordarlo toda la vida.

Lawrence Durrell, *El cuarteto de Alejandría*, Clea, (1960)

La vida literaria es la propia literatura, y va más allá, al incluirlos, de los aspectos cotidianos y prosaicos, fenoménicos, de ésta. La grandeza de las obras literarias es una gracia que la teología y la economía no explican. Y la grandeza de la vida literaria, ese diálogo entre los escritores vivos y los escritores muertos, es la obra de todos los días, el combate contra la servidumbre generada por la vanidad. Esa tautología me recuerda lo que leí el otro día, en Descartes o Spinoza, la idea de que somos fuertes en la medida que domeñamos las pasiones que nos avergüenzan, nos hieren o nos enloquecen.

\*\*\*

Alego por una crítica impune, o sea, "libre de casti-

\* Fragmento del Epitafio de *Servidumbre y grandeza de la vida literaria*, que Joaquín Mortiz publicará próximamente.

go", capaz de medrar lejos del sentimentalismo estético y de la corrección política. Quiero la soberanía para el crítico, su reconocimiento como igual entre pares, sin someterlo a la vigilancia provocada por su condición de no ser poeta o novelista, "creador", como dice la doxa, y librándolo de sus pretendidas obligaciones como garante del Bien público.

\*\*\*

El crítico no es un pastor pagado por la comunidad para imponer la justicia, la igualdad y la fraternidad entre el rebaño literario. Otras literaturas comprendieron antes que las nuestras esa taxonomía del crítico como gato montés, bestezuela perturbadora de la utopía pastoril que sueñan los melancólicos, el agente de un desorden sangriento sancionado por la Naturaleza. No pido que se preserve al crítico como a una especie en peligro de extinción, ni que la víctima acepte al depredador por razones ecológicas. Nada de eso. Llamo a los poetas y a los novelistas a que salgan a cazar al crítico, formando partidas de aldeanos con pundonor y buena puntería, siempre y cuando se acepté, como en la tauromaquia, que se tratará de un combate singular donde el más débil, toro, zorro o lince, puede comear, herir o matar al bienaventurado hombre vestido por las luces de la metáfora. Mi petición de impunidad es retórica, o peor aún, sacramental: acéptese que el lobo sea lobo, cázese al animal, pero dejemos de negar la soberanía de su función, impidiendo que se le domestique. No temo que el crítico desaparezca como efecto de la vida urbana: el orden literario se alimenta del simbolismo dibujado por la víctima y el sacrificio, el chivo y su expiación.

La impunidad, el no castigo, nace del reconocimiento filosófico de que las pasiones son propiedades del alma, no vicios susceptibles de corrección. Estos atributos sólo dañan, como diría Descartes, a quienes carecen de la templanza para moderar la energía negativa de los afectos. Siendo así, la pasión crítica es consustancial al estado de civilización: siempre habrá autores y siempre habrá críticos. Toda obra artís-

tica está destinada a generar una réplica. Un problema resuelto por Aristóteles sigue escandalizando a los literatos, incapaces de dar al hombre lo que es del hombre, y al lince lo que es del lince.

\*\*\*

El estatuto de la crítica, su necesidad o su casualidad, desespera a todos los modernos. Pero los críticos franceses, ingleses o alemanes, antes que la literatura ganara su autonomía del cuerpo de las artes y las ciencias, lograron imponerse como figuras éticas. Los sufrimientos de Spinoza, Voltaire o el doctor Johnson no fueron vanos. La cultura del Renacimiento y de la Ilustración persiguió a la persona primero que a las ideas, aceptando tácitamente la función del crítico de la religión, la ciencia o la sociedad, aunque quemara al hereje, confiscara sus bienes o anatemizara su obra. Pero España no sólo procedió contra el crítico. Rechazó su función misma, pasando de los mecanismos habituales de persecución de la inteligencia a la invención de trampas para falsear su crecimiento desde la raíz.

\*\*\*

Es sugerente pensar que es la propia imperfección de la mentalidad despótica española la causante de nuestra parálisis. La ambigüedad cortesana de una cultura regida por el mestizaje, la conversión de los gentiles y la corrupción política, antes que por la eugenesia, la teoría de la doble predestinación y el puritanismo social, ha dado un resultado benévolo y mediocre. Las tiranías padecidas por los españoles y los hispanoamericanos han temperado el carácter vecinal, corrompiéndolo, nos han enseñado a transar como súbditos, antes que a ejercer de ciudadanos, mellando la soberanía de la crítica, entendida como un dominio intelectual alterno a la ley pantanosa de la comunidad tradicional y el Estado patrimonial.

\*\*\*

Sólo encuentro un gran crítico impune en la lengua española: Leopoldo Alas, Clarín. Al publicar, a los 32 años, *La Regenta*, a Clarín nadie osó decirle que era un escritor frustrado o un artista amputado por la envidia. Esa impunidad de ensueño le permitió dedicar sus restantes 20 años al ejercicio de una crítica brutal, desmadejada, ilustrísima y sagaz. Clarín representa un capítulo perverso en la vida literaria, pues no ganó su poder por ser "un gran novelista". Hizo algo más perturbador, más radical, un solo libro importante, pero irrefutable como un teorema, perfecto como un diamante. Si hubiera sido el padre de toda

una literatura (como Galdós) su crítica no conservaría ese insoportable desdén aristocrático que la afsla. Y el crítico Clarín no fue —como ninguno de los críticos creídos grandes— un iluminado. Escribió mucho, despilfarró su talento en minucias pendencieras, incursionó en la baja política y en más de una ocasión fue ruín e hipócrita como intelectual. Pero escribió páginas críticas perdurables, sobre sus paisanos o sobre la literatura francesa, precisamente por ese carácter de lince, su agudeza para penetrar las apariencias, que el Barroco reconoció como emblema de ese animal depredador.

Hay estoicismo pero no hay estoicos, suponía Séneca.

Existe la crítica pero no hay críticos sublimes, como puede decirse que lo son algunos poetas y novelistas.

El crítico es más imperfecto entre más grande es: mífese a Sainte-Beuve o al doctor Johnson, tan reprochables como seres humanos y hombres públicos, autores de obras sobresalientes, entre otras cosas, por la cantidad de *opiniones equivocadas* que contienen.

No siendo profeta ni iluminado, el crítico se "equivoca" espectacularmente. Pero esas catástrofes del gusto sólo lo son a los ojos de una posteridad que sueña con ese estoico que nunca existió, el crítico como regente anticipado y admonitorio del Canon...

\*\*\*

¿El crítico es perezoso?

Sainte-Beuve, el doctor Johnson, Clarín murieron escribiendo, sus obras son incompletas de tan inmensas, trabajaron como bueyes y produjeron, en cantidad, más que la media de los novelistas.

\*\*\*

Si la crítica fuera una lotería, entre menos sean las fichas en juego, mayores las posibilidades de acertar. Un tal Arnauld Frémy, alias Desroches, profetizó cabalmente, hacia 1850, sobre la naturaleza y el destino de Stendhal. Pero sólo los stendhalianos recuerdan a Frémy, quien al parecer no hizo otra cosa relevante que situar a Stendhal. Es fácil ganar apostando una sola vez, a un solo caballo, habiendo ido una única vez al hipódromo. Un Sainte-Beuve, que dijo estupideces sobre Balzac y Stendhal, al contrario, se pasó la vida en el hipódromo, ludomaníaco hasta la ignominia y el deshonor, pero dejó la más vasta e intensa de las literaturas críticas de su tiempo.

Me atrevería a decir que si Clarín no hubiera escrito *La Regenta* lo tendríamos, por defecto, como nuestro Sainte-Beuve, pues su obra crítica es tan

enorme y abusiva como la del francés. Pero Clarín escribió *La Regenta*.

\*\*\*

Los críticos literarios introyectaron el desprecio que la cultura mexicana sentía por ellos.

Nadie lee a los críticos de 1900, amigos o enemigos del modernismo. Quizá José de Jesús Nuñez y Domínguez, Victoriano Salado Álvarez o Manuel Puga y Acal no merezcan mejor suerte que el olvido.

Los Contemporáneos comprendieron ese destino y lo evadieron. Cuesta y Villaurrutia fueron poetas convencidos de que sólo de ellos dependía la generación de un sistema crítico, como defensa contra el vituperio y exposición magistral de una poética. Más que por su altivez como poetas de la Torre de Marfil o por su (relativa) incorrección política, los Contemporáneos sufrieron el desdén de su posteridad inmediata por haber sido críticos, ensayistas que reunían los privilegios de la dictadura clarineana: la crítica justificada por una creación soberbia y autónoma.

Y la crítica literaria no fue obra de los revolucionarios, los marxistas y los nacionalistas. Con la excepción de Ermilo Abreu Gómez (que tenía una relación personal y conflictiva con los Contemporáneos), la izquierda (incluida la alharaca estidentista) no generó crítica, sino sumisión a los valores nacionalistas.

\*\*\*

El caso más hiriente, por representativo, del crítico como fracasado, lo escenificó Antonio Castro Leal (1896-1981), que por su edad vivió entre el Ateneo de la juventud y los Contemporáneos. Editor inteligente, fue "el crítico" durante décadas pero dejó una herencia mediocre. No hay una idea digna de ese nombre en los *Repasos y defensas* (1987) que Salvador Elizondo recopiló piadosamente. Con el decoro de Reyes, pero sin su elegancia y muñeca; con la timidez de los Contemporáneos pero sin su valentía, a Castro Leal sólo le quedó canonizar *La Novela de la Revolución Mexicana* (1960), única tarea a su altura.

(Cuando yo tenía 20 años mi maestro Hugo Hiriart me amenazó misericordiosamente: "En ti nació primero el impulso crítico que el impulso creador. Pero vives en una cultura que desprecia a la crítica. Tu destino ineluctable es convertirte en otro Castro Leal, colmado de prólogos y antologías.")

Y no es que a Castro Leal le haya faltado amor por las letras. Si tantos poetas y novelistas triunfan aun careciendo absolutamente de talento, no veo por qué la crítica ha de ser una cena de genios. Ocu-

rió que entre 1930 y 1960, la Inteligencia mexicana tenía como misión primordial la legitimación de un despotismo que requería de la Ilustración Insuficiente, que comienza en las bellas artes y se extiende hacia toda la vida pública. Por eso echaron a Vasconcelos.

La biografía de Castro Leal se reprodujo en otros críticos literarios como Antonio Acevedo Escobedo, Francisco Zendejas, José Luis Martínez o Emmanuel Carballo. Todos ellos abandonaron la crítica para hacer carrera en el *welfare state* cultural, la diplomacia, la política o el periodismo. O buscaron formas más seguras de legitimidad como la fundación de premios literarios.

No escribo estas líneas para elogiar lo que los hombres de letras han hecho a cambio de no ser críticos literarios. Me felicito por el Premio Villaurrutia, por la atinada gestión cultural desde el Estado, o por la contribución de los letrados al servicio exterior. Pero esos méritos no me interesan en este momento.

Por ello no hablaré de José Luis Martínez (1918) como el enciclopedista que es (y a quien admiro por serlo), sino del crítico que dejó de ser. A Martínez no le faltaron, en su juventud, hallazgos brillantes y puntualizaciones memorables como crítico. Pero hombre esencialmente timorato, debió impresionarle la impronta de genios malogrados (como Cuesta), o de genios realizados (como Paz). Y se inclinó por los ejemplos de Reyes y Torres Bodet, la mesurada carrera pública.

Las historias literarias de Martínez (en realidad escritas a fines de los años cuarenta y después sólo corregidas y aumentadas) ejemplifican un género que sólo Alfonso Reyes pudo hacer con donaire: la historia literaria sin crítica literaria. Y cuando Martínez abandonó las reseñas —ante los narradores de los años sesenta— empezaba a sufrir deslumbramientos un tanto extraños: comparó a José Agustín con el Marqués de Sade y dijo que *Gazapo* era una novela pornográfica.

El heredero directo de Martínez fue Emmanuel Carballo (1929) quien, como se sabe, estimuló a la siguiente promoción, donde las inteligencias críticas volverían a ser las de los creadores: Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Juan Vicente Melo, Alejandro Rossi, Jorge Ibarguengoitia, Gabriel Zaid, Tomás Segovia, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco... Carballo repitió la incomodidad de Castro Leal frente a los Contemporáneos. Tan pronto la Generación de la Casa de Lago (y su joven réplica, la Onda) tomó vuelo, Carballo se quedó solo. Fue un crítico valiente, pero como sus predecesores, ayunó de *epistemo-filia*, sin la cual ningún ensayista abandona la reseña como mero acto de influencia política. Y

mientras Martínez se dirigió naturalmente hacia el PRI, Carballo cometió el pecado de su generación, el marxismo-leninismo, donde no se destacó como teórico o militante, pero sí, se dice, como informante eventual del régimen de Fidel Castro.

Emmanuel Carballo repitió el modelo conocido: la crítica es una enfermedad juvenil que se remedia con las ambiciones políticas, y las frustraciones literarias, con historiografía académica a granel y homenajes nacionales.

\*\*\*

Empero, la bravuconería nada tiene que ver con la pasión crítica.

Reseñistas odiados y temidos por sus majaderías, desde Jesús Arellano hasta Roberto Vallarino, sólo nos dejan anecdóticos. Y por definición, decía Paul Bourget, toda anécdota es falsa.

\*\*\*

En un grado superior coloco al crítico terrorista. El bravucón golpea costales, o confunde, como Áyax, a los dioses con el ganado. El crítico terrorista —e imagino a Lukàcs antes que a la máquina verbal que describió Jean Paulhan— es un conspirador que dinamita en nombre de la Virtud, sea católica, jacobina o marxista.

\*\*\*

Acaso Jorge Aguilar Mora sea el único verdadero terrorista entre los críticos actuales. Pero la Virtud que defiende es oscura porque nuestros tiempos carecen de iluminaciones utópicas. Me pregunto si no estamos ante un conjunto de manías antes que frente a un sistema de virtudes.

Evodio Escalante fue un caso singular de crítico terrorista. Apenas estaba aprendiendo qué era la Virtud cuando cambió el Comité de Salud Pública y miró pasar vacía la carreta de la guillotina.

\*\*\*

José Joaquín Blanco sólo escribe sobre sus amigos, lo cual es una manera legítima de hacer crítica. Pero ocurre que Dios lo castigó con amistades mediocres.

\*\*\*

El poder del crítico procede de su paso por la tierra fértil de un pecado: la vanidad, antigua vanagloria. No creo que un crítico pueda, realmente, destruir

una reputación. Logra hacer algo más peligroso: herir una vanidad.

Los daños a la reputación son reparables. Pero los mordiscos a la vanagloria jamás cicatrizan, por más fasto que sea el destino mundano de la víctima.

Y a mayor reconocimiento público, más duelen esas viejas y pequeñas heridas.

\*\*\*

El crítico vive con magnificencia cuando resulta marcado por la letra escarlata de la envidia, pecado preparado por la vanidad y pasión que cede a la soberbia. Si el crítico es el proverbial escritor frustrado, todos podrán respetarlo, pues llegará primero que ellos al olvido. Pero si escribe un poema o una novela, deja de ser un crítico: el gusano se convierte en mariposa.

Es raro que los críticos alcancen las formas más consagradas de la realización intelectual. Se triunfa como escritor, como profesor universitario, o como periodista, escasamente como crítico.

Y la leyenda del crítico como el Escritor Frustrado tiene un origen verdadero: el crítico es un administrador de la vanidad.

\*\*\*

Sainte-Beuve envidiaba a Victor Hugo. Cristalizó su pasión seduciendo a Adèle Hugo, como si a través de la vanidad le fuera dado chupar, en la mujer del poeta, las mieles del inmenso poder lírico.

\*\*\*

La crítica exagera por principio. Sólo colocando un lente de aumento entre un texto y sus lectores se puede invitar al miope.

\*\*\*

La intensa relación entre la crítica literaria y el poder político, visible en la Francia de Balzac, o en la Rusia de Dostoievski, ha perdido su sentido en las repúblicas literarias contemporáneas, cuando la lectura deja de ser evidencia de ascenso social, la prensa se ve desplazada por otros medios, y la política cultural sustituye a la crítica literaria.

\*\*\*

México, desde Vasconcelos y Torres Bodet, es un modelo internacional de Estado regido por una Política Cultural, misma que no ha variado esencialmente desde los años veinte, basado en el reconocimien-

to de los grupos de presión culturales, a los que se da, ejemplarmente, una atención corporativa. Todas las orientaciones ideológicas, desde la educación socialista hasta las reformas monetaristas, mantienen, últimas señales del arca de la Revolución Mexicana, funcionando al *welfare state* cultural.

Los literatos mexicanos ponen mucha atención en la forma de distribución de estos privilegios. Es natural. En pocos países del mundo se publica tanta nueva literatura con fondos de origen estatal. En México no existen los genios olvidados, ni los escritores ninguneados, ni las víctimas de las conjuras sectarias. Más temprano que tarde la Política Cultural beneficia a todos los querulantes.

\*\*\*

Los Escritores Desconocidos nacen después de publicar y no antes. El talento sostenido durante décadas es cosa rarísima en cualquier literatura. La creencia en la soledad del genio, por fuerza incomprendido, es una leyenda romántica. La proliferación de talleres literarios, por ejemplo, no ha producido escritores —que no se producen— sino Genios Incomprendidos que, al publicar, se convierten en Escritores Desconocidos.

\*\*\*

La Política Cultural convence a muchos que pueden y deben ser escritores o artistas. Estas personas se reclutan entre la muchedumbre que las disciplinas humanísticas desechan. Son alfabetizados que creen que "escribir" es cosa fácil. Pero una buena colección de sonetos, un ensayo inteligente o una novela legible son logros artísticos de tan ardua realización como los éxitos de la excelencia científica. La ruleta del mercado se detiene rara vez en mediocridades que ganan mucho dinero en algunos años pero cuyo nombre dirá poco a los lectores del futuro.

\*\*\*

Predicar la democratización de la literatura, es decir, la conversión de los escritores comerciales en artistas, es un error en el que he incurrido. Trasladé el discurso de la democracia política al terreno de la estética. Spinoza creía en la utilidad de descubrir al vulgo el engaño de la superstición. Sus comentaristas libertinos lo consideraron una pérdida de tiempo. Esa tentación de generosidad e ilustración choca con la historia de la lectura como actividad decreciente de una minoría de lectores y de escritores que constituyen una religión casi secreta y desprestigiada. La literatura de edificación política y de chantaje sentimental ha existido siempre, y así debe de ser. No

tiene caso lamentarse o escandalizarse por los artículos de Guadalupe Loeza o los manuales de Carlos Cuauhtémoc Sánchez. La gran literatura se levanta, triangularmente, sobre una masa ingente de mala literatura destinada a los lectores comunes.

\*\*\*

Harold Bloom dice que la Política Cultural es la gran enemiga de la crítica literaria. Eso es fácil de decir para un anglosajón y si yo lo fuera acaso lo suscribiría. ¿En México el Estado debe seguir supliendo funciones de estímulo y publicación de la lectura? No lo sé. Pero es una falacia predicar que todos los ciudadanos deban leer. Ya Gabriel Zaid explicó el problema al decir que son los graduados universitarios quienes debiendo leer, no lo hacen (ay, pero publican). En cualquier sociedad es excepcional que lean el carnicero y la costurera. El vicio de la lectura se contrae durante la infancia y la adolescencia, sin necesidad de ser inducido por el Estado, la Iglesia o la familia. Hijos de grandes intelectuales son unos iletrados contumaces y abundan las autobiografías de escritores que crecieron muy lejos de los libros. Para estos últimos, *siempre* aparece, ya sea en la selva o en el desierto, el ser providencial que los dota de su primer libro. El desarrollo individual de la lectura creativa —el paso que sigue— es una empresa gnoseológica de carácter tan complejo e intransferible como las virtudes para el alpinismo o la capacidad para ejercer la mecánica de suelos.

\*\*\*

¿Qué ocurrirá si los próximos gobiernos mexicanos desmantelan el *welfare state* cultural? ¿Qué harán los candidatos a Genios Incomprendidos sin la esperanza de la salvación presupuestal, que nombra a los elegidos y los reconoce ante el registro civil de la Cultura? Muchos de estos Escritores Desconocidos se aburrirán de una y otra cosa, dejarán de "escribir" para dedicarse a formas más rentables de sobrevivencia. Se los apuesto.

Al resto, a los que tienen talento y talante, sus atributos no los abandonarán por carecer de becas y estímulos. Condiciones precarias e indeseables de vida no le han impedido la gloria a ninguno de los grandes autores.

Nadie nos pidió que escribiésemos y publicáramos. Nadie tiene por qué pagar un vicio sin utilidad social. ¿Pero se puede poner en duda nuestro derecho a ser beneficiados por mecenazgo alguno, privado o público, dinero que no nos hará mejores o peores escritores? El Estado necesita de una Política Cultural, peor para él. No veo por qué los artistas no han de

gozar de estipendios como los que reciben, sin generar sorpresa, algunas otras cofradías y mutualidades intelectuales o laborales.

\*\*\*

¿El crítico es corrupto?

En una sociedad sin lectores nadie compraría la opinión de un crítico.

En países antidemocráticos como México impera la idea decimonónica de que todo escritor, sobre todo si ejerce algún tipo de crítica, es un comentarista político camuflado. El crítico literario deviene fatalmente en crítico de la Política Cultural.

Hasta los años setenta, un suplemento cultural como *La cultura en México*, de Carlos Monsiváis, tenía una influencia política relevante para el poder y la oposición. Pero la democratización de la prensa durante el último cuarto de siglo fue desligando a los críticos culturales de sus obligaciones políticas, desplazados por el número y la calidad de los especialistas en la "transición democrática". El propio Monsiváis tuvo que abandonar sus preocupaciones estéticas para acabar de convertirse en patricio civil. *Vuelta* y *Nexos* bajaron sus tirajes cuando perdieron su significación como el alfa y el omega de la discusión política. La multiplicación de la Opinión devuelve al crítico literario (o artístico) al dominio de la estética. En alguna medida, la caída del muro de Berlín provocó que la literatura dejara de ser, temporalmente, la continuación de la política por otros medios.

\*\*\*

La novedad en las relaciones entre la literatura comprometida y la tradición revolucionaria la constituye el subcomandante Marcos.

Don Luis Cardoza y Aragón dijo que el muralismo mexicano era la única contribución original de América al arte universal.

Nuestra izquierda culmina el siglo, hay que reconocerlo, haciendo otro aporte, más modesto y efímero, a la cultura contemporánea. Un althusseriano superfluo, de los que abundaban en las universidades durante los setenta y los ochenta, apareció sorpresivamente con una máscara en la selva chiapaneca, al frente de un pequeño pero magnético ejército indígena. La sobrevivencia del guerrillero y su extraordinaria popularidad, se deben a un triunfo de la retórica. A través de la informática, sus comunicados invadieron todas las pantallas del mundo, reanimando un género que parecía muerto, el libelo.

Marcos está lejos de ser un gran escritor, como han dicho, entre idiotas y endemoniados, algunos de sus lectores, ya sean escritores famosos o sencillas al-

mas piadosas. Pero es sorprendente constatar cómo su éxito obedece al cumplimiento estricto de las reglas del libelo o panfleto. Los suyos son textos portátiles que manipulan los sentimientos, ofreciendo verdades a medias y mentirillas blancas, exaltando con ironía tanto su propia ordalía como la lastimosa debilidad de sus adversarios, pues el régimen del PRI sobrelleva su agonía tan desgraciadamente como la pobre María Antonieta, quien llegó al cadalso arrastrada por los libelos. La decapitada reina austríaca de Francia fue una mujer corrupta y disoluta. Lo mismo puede decirse del hediendo Priato. Pero la humillante extravagancia de ambas soberanías provoca el nacimiento de bufones a su patética altura.

Si Marcos fuera un verdadero escritor, como sus infames maestros Galeano y Benedetti, jamás habría tenido suerte como panfletista, esa creatura extraña, generalmente anónima o enmascarada, que explota la rabia del súbdito, la piedad de la madre de familia, la orfandad de los menesterosos o la fe traicionada del bajo clero. Y los preparatorianos y universitarios que han descubierto el valor olvidado de la palabra escrita gracias a Marcos, demuestran que la conversión radical es una forma cíclica, quizá deseable, de la Inmadurez, como diría Witold Gombrowicz.

Marcos, aplicado estudioso del Discurso antes de tomar las armas, acaso no ignora que la elección de una forma retórica traiciona toda garantía ética. El libelista sólo se debe a sus aciertos verbales, a su capacidad de escandalizar y de indignar. La causa que defiende un panfleto siempre es secundaria frente a las ganancias recabadas por su fórmula.

Admiro a Marcos porque es Marlon Brando en *Apocalypse now*. Detesto a Marcos porque no paga impuestos.

\*\*\*

Los críticos literarios son malos revolucionarios. Su función no es transformar el mundo, sino interpretarlo, al contrario de lo dictado por Marx.

\*\*\*

Prefiero pecar por injusticia, que por atención al decoro, esa forma meliflua y cobarde de la hipocresía, confundida entre nosotros con las buenas maneras. Conozco a los viejos decorosos: se bañan en una tinaja de bilis. Me quedo con la malicia de Cuesta frente a la templanza de Reyes; con las espesas softlamas vasconcelianas antes que con los cálculos siniestros de Guzmán; adoro esa intemperancia de Octavio Paz, oportuna incluso cuando es errática.

Como reseñista he atacado ideas y novelas, y a veces, a personas. Lamento mis groserías y estoy dis-

puesto a repararlas, pero ¿por qué a un poeta se le permite un mal verso, crimen más sonoro que la más nefasta de las salidas de un crítico?

\*\*\*

Reitero mi hipótesis. Todo crítico está sujeto a la bofetada de la Musa, al golpe que Clea le da a Darley por atreverse a ser crítico y no poeta, esa decisión andrógina que lo aleja de Proteo y lo transforma en Tiresias. Es una decepción suprema para el alma femenina de la forma ese atrevimiento a sublimarla por medio de la profecía.

A los críticos nos justifica esa Gracia, no las obras.

\*\*\*

Ningún crítico ha privado a nadie de su posteridad. Shakespeare sobrevivió al desprecio de la Ilustración, Balzac y Stendhal al de Sainte-Beuve, Clarín y Galdós a la proverbial envidia española, tantos escritores modernos a la procaz indiferencia del prójimo. Las reseñas negativas —para no hablar del libelo— son buenas para cualquier escritor y excelentes para inflar a un talento mediocre.

\*\*\*

El crítico contemporáneo es hijo del mal matrimonio entre dos tradiciones distintas: la gloria positiva del guardián del gusto, y la mala reputación del comentarista teatral.

El temor al crítico como malhechor capaz de *troñar* una obra proviene de la vida escénica. En los siglos XVIII y XIX el crítico teatral era una pieza en el engranaje comercial que unía a las compañías de actores y al empresario, contra el autor, manipulando las preferencias del espectador. El romanticismo dramatizó la vulnerabilidad del Genio ante el crítico, mercenario que, ajeno al sentido sagrado de la creación, la destruye desde afuera, usando mecanismos inmorales, ajenos al dominio del arte. El comediógrafo irlandés Richard B. Sheridan (1751-1816) pintó la situación en *El crítico* (1779). Quien lea esa obra descubrirá que las malandanzas del crítico literario poco tienen que ver con las de su precursor dramático. Es raro que un lector de obras ajenas, que las

comenta por escrito, tenga el poder técnico para *reventar* un novela como se *reventaba* un drama.

\*\*\*

¿El crítico es un artista?

Si Oscar Wilde no convenció con su respuesta, nadie puede defenderse contra la bofetada de Clea.

\*\*\*

El arte de la crítica está en *El arte de la fuga*.

Si Sergio Pitol es el primero entre los novelistas mexicanos se debe a que habita, como crítico secreto, la tradición de la novela.

\*\*\*

La exigencia diaria de "estar en el mundo" fatiga a los críticos, quienes acaban por buscar el reposo seguro en la pacífica soledad, para desde allí lanzar sus propias y antiguas opiniones, tras esa corta temporada bélica que nos convierte en veteranos de guerra, a menudo lisiados, discapacitados para volver a la vida civil. Al final, la literatura se convierte en un ejército que dispara sobre el crítico, a quien salva no tanto su piel dura, sino la convicción expresada por Clarín de que "si la crítica se practicara como una religión, los críticos casi siempre serían mártires. Pero ni los más severos ni los más orgullosos creen firmemente, en los casos de apuro, que su oficio sea un sacerdocio".

\*\*\*

El crítico vive en la frontera entre la servidumbre y la grandeza de la vida literaria, el campo llano donde crecen la vanidad y la envidia. En algunas épocas es un mercader temido y solicitado, en otras, un forajido sin patria y sin familia. Como escritor, no es mejor ni peor que los vanidosos poetas o los envidiosos novelistas. Sólo está marcado por una Gracia o diferencia, su soberbia ante el destino del arte, su manía por recordar, predecir y maldecir. Y cada noche, cuando regresa a casa tras una jornada cansina dedicado a la proliferación de signos alfabéticos en el mundo, Clea, su agraviada Musa, le recuerda con una bofetada que no es un artista, sino ¡un crítico! ◀